

SERMON

SOBRE EL

SEGUNDO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La Huida á Egipto.

*Surge, et accipe puerum et matrem ejus,
et fuge in Ægyptum.*

Levántate, toma el niño y su madre y
huye con ellos á Egipto.

Math. cap. II, v. 13.

Verdaderamente, señores, que el vaticinio de Simeon de que hablamos ayer, y que causó el primer dolor á la Santísima Virgen, fué el preludio de la vida de amargura que desde entonces habia de pasar esta bendita Madre del Redentor. Poco se hizo esperar el cumplimiento de las palabras del anciano Profeta. Apenas habia nacido el tierno infante que venia á salvar á la humanidad, cuando la maldad empieza á concebir bárbaros proyectos para su destruccion. Reinaba en la Judea Herodes, rey intruso y el mas pérfido y sanguinario que vieran los siglos. Un nuevo astro, una brillante estrella aparecida en el cielo guió á los reyes del Oriente á Jerusalem, y al entrar en aquella capital preguntaban: ¿dónde está el rey de los judíos

que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente y venimos á adorarle. Turbado Herodes con estas palabras convocó á los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, para que como versados en las Escrituras le dijese donde habia de nacer el Cristo; á lo que ellos le respondieron que en Belen de Judá, porque así estaba escrito por el Profeta. Ya Herodes tiembla de soberbia al solo pensamiento de si perderia el trono, y llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella. Si Herodes hubiese tenido, no digo la fé y virtudes de aquellos reyes, sino tan solo la educacion y galantería propia de un monarca, ¿qué debiera haber hecho? Es evidente que acompañarlos é ir con ellos á buscar al tierno infante para verle y adorarle. Pero aquel Niño venia á traer la paz, y sus pensamientos son de guerra y de guerra á muerte. En la del Mesías cree asegurada la estabilidad de su trono, y concibiendo la inícuca idea de acabar con su vida, díceles á los Magos. Id é informaos del Niño, y cuando le hubiéreis hallado hacédmelo saber, para que yo tambien vaya á adorarle. ¡Oh, hipócrita vil y fementido! Bien podrás engañar con tus palabras á esos santos varones: concebirás proyectos infernales, pero Dios evitará que caiga en tu poder el tierno parvulito de Belen.

En efecto, mis hermanos: guiados de nuevo por la estrella, llegaron los Magos á Belen, y postrándose ante el recién nacido Jesus, le adoraron y ofrecieron dones. Bien hubiesen vuelto á dar parte á Herodes del lugar donde le habian hallado, creidos de los deseos que habia manifestado de verle y adorarle. Pero la Providencia lo evita: se les revela que no vuelvan á Herodes y se vuelven á sus tierras por diverso camino

del que habian traído. Así, burlado el pérfido rey de Judea, determina hacer morir á todos los niños de dos años abajo, persuadido de que no habiendo escepcion en esta ley, moriria precisamente aquel á quien odiaba. ¿Habeis oido alguna vez decreto tan perverso? ¿Teneis noticia de algun monarca por implacable que haya sido, que espudiese una orden tan cruelísima? ¡Ah! Felices aquellas inocentes víctimas que lavadas con su sangre que vertieron *in odium Christi*, encontraron por este medio su salvacion. Tal vez de haber vivido hubiesen desconocido como los demas judíos á Jesucristo, hubiesen tomado parte en su muerte y se hubieran condenado. ¡Cuán admirable es el orden de la Providencia! ¡Cuán incomprensibles los juicios de Dios!

No bien los Magos se habian retirado de la gruta de Belen, antes que de labios del tirano monarca saliera la cruel sentencia, un ángel del Señor apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate y toma el Niño y á su Madre, y huye á Egipto. *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Aegyptum*, y le da la razon diciéndole: Porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle. *Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum*.

José pone en ejecucion el superior mandato, y tomando al Niño y á María emprende el camino de Egipto. ¡Ah! Nuevo dolor que atraviesa el corazon amante de María. No se le ponen presente las fatigas del viaje ni cuanto debia sufrir en tierra estraña. Siente sí, y este es el cuchillo que le hiere, el ver perseguido á su bendito Hijo: el ver como se empieza á cumplir el anuncio de Simeon. Ved aquí, el asunto que debe ocuparnos en esta segunda tarde; es imponderable el

dolor de la Santísima Virgen en la huida á Egipto, y su resignacion y fortaleza nos enseña á sufrir con resignacion las aflicciones del mundo. Para que yo pueda espresarme con claridad y acierto, imploremos la gracia por la mediacion de esta Señora, saludándola con el mayor afecto. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

El amor á la patria está profundamente arraigado en todos los corazones: encontrareis hombres fuertes y sufridos en la desgracia, á quienes ni la privacion de sus bienes, ni los rigores de la adversidad abatirán sus fuerzas; pero decidles que han sido condenados al ostracismo, que tienen que abandonar el suelo que les vió nacer, y pasar á tierra estraña, donde estarán privados de la vista de sus parientes y amigos, y entonces vereis asomar las lágrimas á sus ojos, y les observareis afligidos á la sola idea de su desgracia. No estraño, señores, el amargo llanto de los hijos de Israel, al verlos sentados junto á los rios de Babilonia, entregados al mas vivo dolor, al recuerdo de Sion. En vano les suplicáran los mismos que les habian conducido, que cantasen un himno de los cánticos de Sion: ellos habian colgado en los sauces los instrumentos músicos y se apresuran á contestar á los que tal peticion les hacian: ¿Cómo hemos de cantar, cánticos del Señor en tierra agena? ¿Será posible que nosotros podamos olvidarnos, ni por un momento, de nuestra amada Jerusalem? ¿Podremos alegrarnos fuera de nuestra patria? ¡Ah! Péguesenos la lengua al paladar, si Jerusalem no fuese el punto principal de nuestra alegría (1).

(1) Psalm. CXXXVI.

Pero en vano, mis hermanos, trataré de buscar hechos con que comparar el acerbo dolor de María Santísima, al recibir el mandato de partir para Egipto en compañía de su Hijo y de su casto esposo. Cualquiera imágen será débil, y ninguna será suficiente á demostrarnos la escena que es objeto de nuestras meditaciones. En el momento que vemos una persona sobre la que pesa un decreto de proscripción, no podemos menos de preguntar: ¿cuál es su delito? ¿Por qué se le condena á sufrir sentencia tan amarga? Observad, pues, á aquella familia que abandonando á Belén, se dispone á sufrir las penalidades que son consiguientes á un viaje largo y lleno de asperezas: preguntad quiénes son y qué causa les motiva esta determinación. ¡Ah! Ese Niño á quien María conduce en sus brazos, para ponerle á salvo de la persecución del cruel Herodes, es no obstante estar revestido de nuestra carne, un Dios Omnipotente: es por lo tanto la santidad por esencia, es impecable y á nadie puede haber hecho ofensa. Su Madre es aquella criatura privilegiada de un modo admirable, y criada en tanta justicia cual era necesaria para que fuese digna de ser Madre de tal Hijo: aquel hombre que les acompaña, y á quien fué comunicada la órden de la fuga á Egipto, es el inocentísimo José, elegido para la alta dignidad de padre putativo de Jesus. ¡Qué familia mas santa! Y sin embargo, verse precisados á huir y á buscar asilo en tierra estraña.

¿Qué creéis que motivó la acerbidad del dolor que en María produjo la huida á Egipto? ¿Acaso lo áspero del camino? ¿Tal vez el carecer de recursos para hacerlo con alguna comodidad? ¿O le estreme-

ceria por ventura la idea de tener que implorar el pan en tierra estraña? Es verdad que el pan de la emigración, es pan amargo, pero María es una mujer fuerte y varonil: su corazón está dispuesto á sufrir cuanto ordene la Providencia, y si ella se aflige, si siente, si padece, si su corazón es traspasado de cortante espada, no, no es ciertamente porque ella fije su consideración ni por un momento en sus padecimientos, sino tan solo por su Hijo. Ella le dirige sus tiernas miradas, contempla su grandeza y santidad, sabe que su poder sobrepuja al de todos los monarcas, porque no hay poder semejante al suyo (1). Sabe que puede disponer á su arbitrio del corazón, deseos y vida de las criaturas y que es justo en todas sus obras (2). Conoce que es el Ángel del gran consejo, Padre del siglo venidero, y Príncipe de eterna paz (3). Contéplale adorado y servido por los ángeles del cielo, y sin embargo le vé obligado á huir de un rey que le persigue y se ha propuesto quitarle la vida. Ved aquí, lo que produce el dolor de esta Purísima Señora. Si á ella se le hubiere dicho, tienes que sufrir los mas crueles tormentos, tienes que sujetarte á una muerte dolorosa y cruel, pero el Hijo de tus entrañas, nada sufrirá, no experimentará persecuciones, nadie dejará de adorarle y bendecirle. ¡Ah! ¡Cuán feliz se hubiese en este caso considerado la Santísima Virgen! Pero debían cumplirse los decretos de la Providencia, y María debía participar del cáliz amargo, preparado para el Salvador.

Ya considero, mis amados hermanos, á la sagrada

(1) Psalm. XXXIV, v. 29.

(2) Dan. cap. IX, v. 14.

(3) Isai. cap. IX, v. 6.

familia que han emprendido su primer jornada; ya me parece verlos atravesar los desiertos caminos que conducen al Egipto: se acerca la noche y la aflicción de María llega á lo sumo: el mas mínimo rumor, el sonido del aire, el ruido que este causa en los árboles por el movimiento de sus hojas, todo asusta, todo hace temblar á aquella amante y cariñosa Madre, porque cree que vienen en persiguimiento del tesoro que lleva entre sus brazos. No así tiembla y se abate el infeliz navegante que agitado su buque por terribles olas, levantadas por la tempestad mas récia, vé su vida en el mas inminente peligro, como tiembla María, cuando aun no se ha alejado de la tempestad levantada por el fuerte viento de la ambición y soberbia de Herodes, contra el manso cordero de Judá. ¡Ah! ¡Qué dulces y sentidas espresiones dirigiria al tierno infantito que estrecharia en su corazón! ¿Es posible, le diria, que siendo tan santo y habiendo venido á dar la salud al mundo, así seas tan perseguido por los hombres? No eres tú el dueño del universo? ¿Cómo, pues, te ves precisado á huir, como si fueras un malhechor? Hijo de mi alma, ¡cuánto dolor atraviesa el corazón de tu Madre! Y dirigiendo sus mirados al cielo, ¡con qué fervor no pediria auxilios al Eterno Padre! ¡Oh Dios de mi corazón, esclamaria vertiendo un torrente de lágrimas, vengan sobre esta vuestra humilde esclava, todas las aflicciones y sinsabores; descargad sobre mí todo el peso de vuestra justicia, pero que nada tenga que sufrir el Hijo de mis entrañas! ¡Padezca yo, vengan sobre mí todas las tribulaciones, y protejed al que con vos es Dios!!!

Medid si es posible, la profundidad de este dolor,

y fijad vuestra consideracion en la aflicción en que estaria envuelta su alma, sufriendo la mas angustiada pobreza y las penalidades consiguientes á un viaje hecho sin recursos ni comodidad alguna; pero ellos concluyen su viaje y llegan á Egipto, donde lejos de concluir sus trabajos, toman nuevos incrementos: allí no tienen parientes ni amigos: es un pueblo idólatra donde no se conoce principio alguno de amor á la humanidad; un pais donde imperaban las leyes mas odiosas y repugnantes. Pero así fué la disposicion de Dios, y María la acata, sufre, padece, y ahogando en su corazón sus amarguras, no exhala la menor queja. Unida á José su esposo, trabajan incansables porque no falte el alimento á Jesus, á quien cuidan con el mayor esmero y la mas anhelante solicitud.

¡Ah! ¡cuán heróica se muestra María en el viaje y en el ostracismo! Es digna de ser Madre de Jesus. No hay virtud que no se vea resplandecer en ella de un modo admirable: la fé, la esperanza, la caridad, la ciega obediencia, la humildad mas profunda, la resignacion con la voluntad divina y la paciencia en los trabajos. Bien puede esclamar en medio de sus aflicciones: Estoy llena de amarguras y embriagada de ajenjo. *Replevit me amaritudinibus, enebriavit me ajentio* (1). Pero ni una queja, ni un suspiro sale de sus virginales lábios. Sus trabajos los mira como regalos de la Providencia: los de Jesus forman su dolor. Ella puede decirse que no vivia para sí, vivia solamente para su Hijo, objeto amado de su corazón, en quien tenia fijos sus pensamientos: para ella nada era cuanto pudiese ofrecerla el mundo: su Hijo formaba su cau-

(1) Thren. cap. III, v. 13.